

LOS LIBROS ABIERTOS

REFERENCIA: Bernard Lavergne, *La revolución cooperativa*. Imprenta Universitaria. México, 1962. 386 pp.

NOTICIA: Explica el sistema que rige a las cooperativas distributivas, diferente al de las empresas capitalistas que persiguen utilidades, y al de las cooperativas obreras que también procuran obtener beneficios monetarios para sus socios; en cambio, las cooperativas distributivas reembolsan las utilidades a los consumidores, que son a la vez accionistas de la sociedad.

Las cooperativas distributivas pretenden satisfacer las aspiraciones del individuo que vive dentro del sistema capitalista; entre otras, obtener mayor justicia en la repartición de las utilidades, aumentar la producción y evitar el desempleo; y además, ofrecer la libertad que en los países socialistas se ve limitada por la presión económica que ejerce el Estado.

Las cooperativas distributivas funcionan bajo los principios establecidos por los pioneros de Rochdale, en 1844, los cuales son: a) "Fusión del cliente y del empresario en una sola categoría", lo que se logra cuando el público es dueño (accionista) de las empresas, y por lo tanto tiene derecho a participar en las utilidades. b) "Distribución de las utilidades en proporción a las compras, al fin del ejercicio." El capital-acciones recibe solamente un dividendo fijo y no puede tener plusvalía. La empresa cooperativa vende sus mercancías casi a precio de costo, porque entrega al comprador la utilidad íntegra que ha obtenido sobre sus compras, excepto las utilidades que se aplican a la reserva del capital. c) "Un solo voto por socio en las asambleas generales." Esta regla garantiza la democracia económica. d) "El principio de la puerta abierta." Cualquiera puede comprar una acción en el momento que lo desee, con los mismos derechos que los socios fundadores; por este medio la cooperativa llega a desarrollarse sin límites.

Estas cooperativas de consumo generalmente las crea y las organiza el Estado; pero luego permite a los empresarios una completa libertad de acción. En los países europeos funcionan con éxito muchas cooperativas públicas descentralizadas, principalmente en Bélgica, Inglaterra y Francia. En muchos casos se ha recurrido a la nacionalización cooperativa de las grandes industrias y los servicios públicos, en los que sólo se admite como accionistas a los usuarios de las empresas; por ejemplo, todos los transportes de Londres fueron nacionalizados y funcionan bajo este sistema.

EXAMEN: Es muy importante que no solamente los sociólogos y economistas, sino el público, conozca las grandes ventajas que ofrecen las cooperativas de consumo. Este libro no trata de imponer una nueva utopía, sino que estudia un sistema ya establecido, y que cada día adquiere mayor impulso en todo el Occidente, y hasta en actividades en donde se practica sin plena conciencia de sus alcances, como en muchas sociedades mutualistas. Las cooperativas hacen desaparecer los defectos y las injusticias que

existen dentro del capitalismo y del socialismo; en cambio, aprovecha lo bueno de ambos sistemas: la libertad de iniciativa y el reparto justo de utilidades.

CALIFICACIÓN: Educativo.

—C. V.

REFERENCIA: William H. Whyte, Jr., *El hombre organización*, Fondo de Cultura Económica, 1961. 408 pp.

NOTICIA: Esta obra es, como la alarmante novela de George Orwell, 1984, la descripción de un futuro inmediato, con la diferencia importante de que, mientras Orwell trabaja con la imaginación, Whyte trabaja con datos estadísticos.

EXAMEN: El autor analiza los valores y tendencias de la sociedad industrializada contemporánea. Aunque sus datos los ha obtenido en los Estados Unidos, cita



testimonios de que la situación que describe es común a los países más industrializados. De hecho, basta con enunciar los dos valores principales para reconocerlos como característicos del siglo veinte: a) la comunidad es superior al individuo, y b) todo lo que funciona bien es bueno. Los efectos prácticos de estos valores son el conformismo y la miopía espiritual, y se pueden apreciar en las siguientes tendencias:

Actualmente la gran mayoría de los jóvenes en Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, en agudo contraste con la generación anterior, busca la seguridad y huye de la competencia y de la libertad. No desea tomar iniciativas, sino servir a las iniciativas ya tomadas.

El grupo ha tomado conciencia de sí mismo como grupo, y tiende a suprimir al que se atreve a disentir de la opinión de la mayoría. Complementariamente, el individuo original tiende a desaparecer.

La vida privada del individuo se sacrifica, cada vez más, hasta un punto intolerable a la comunidad, por un mecanicismo que no tiene escapes. El individuo no sólo tiene que pensar lo mismo que los demás, tiene que vivir de la misma manera que los demás. Empieza a ser peligroso leer los libros que no lee la mayoría.

Este mundo es un pulpo que crece y absorbe cada vez a más sectores de la sociedad, aun a los "creadores", o sea a los artistas y hombres de ciencia.

El panorama es amenazante, sobre todo si nos damos cuenta de que ya nos ha empezado a invadir, y de que son muchas más las fuerzas que hay en su favor que las que se le pueden oponer.

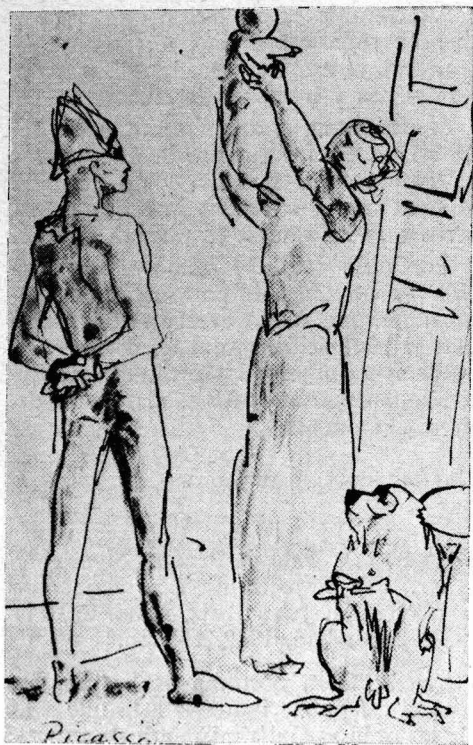
Por todo esto, *El hombre organización* es un libro importante, muy importante, que, me atrevería a decir, tenemos la obligación moral de conocer. El autor es un observador profundo y autorizado, su pensamiento es claro y lo expresa claramente.

CALIFICACIÓN: Luminoso.

—I. F.

REFERENCIA: Emilio Prados, *Signos del ser*, Ed. Papeles de Son Armadans (Colección Juan Ruiz, Núm. 8), Mallorca-Madrid, 1962. 153 pp.

NOTICIA: Obra póstuma de Emilio Prados, si así puede llamarse a la que salió de las prensas el día mismo de su muerte: 24 de abril de 1962. Había nacido en Málaga hacía 64 años. Escribió *Tiempo* (Málaga, 1925), *Canciones del farero* (Málaga, 1925), *Vuelta* (Málaga, 1927), *La voz cautiva* (inédito, 1922-1934), *Empiezo a conocer los nombres* (inédito, 1935), *Llanto en la sangre* (Valencia, 1937), *Memoria del olvido* (México, 1940), *Mínima muerte* (México, 1944), *Jardín cerrado* (México, 1946), *Río natural* (Buenos Aires, 1957), *Circuncisión del sueño* (México, 1957), *La sombra abierta* (México, 1961) y *La piedra escrita* (México, 1961). Editó la revista *Litoral*, en Málaga, con Manuel Altoaguirre. Parecía un acompañante menor de la generación del '27 y, en sus inicios, parecía influido por algunos de sus miembros: Lorca y Alberti especialmente. Pagó tributo al surrealismo, pero pronto descubrió su voz auténtica. Del paisaje andaluz pasó al "jardín cerrado" y al paisaje interior. La guerra española sacó de sus casillas sus únicos versos civiles, y aun cuando nunca volvió a ellos, no hay uno sólo de sus compañeros de generación que lo sobrepase en sensibilidad política española. El exilio lo paró en seco. "Yo nunca he salido de Málaga", decía a veces, con su extraña sonrisa infantil, insondable. En su modesto "nido" mexicano ¿en qué año vivió? Con una sencillez impar vivió su tiempo detenido en el inmóvil diorama de sus sueños y de sus meditaciones. Pero siempre se encontraba en él un corazón que, de tan abierto, no conocía puertas. Nunca dejó de ser un manantial puro de poesía; una pureza nacida de la soledad incontaminada (que no del divorcio de la vida) y de su natural ternura. Sólo vivía para la poesía. Y, modestísimamente, de la poesía. Nadie pudo sacarlo de su "jardín cerrado". Una vez alguien quiso llevárselo al campo veracruzano, a un rancho de luz, cercano al mar. "Allá tendrá motivos sobrados de inspiración y poesía", decía su amable huésped. Y Emilio Prados comentaba luego: "Todo mi paisaje lo llevo conmigo." Nuevo Bías. Emparentaba así con Juan Ramón Jiménez (de cuya obra se mantuvo siempre al día), pero añadía una dimensión inefable peculiarísima que era toda una definición de su ser



íntimo. No había en él rastro de artificio, ni en sus poemas palabra que él no sintiera necesaria. No conozco ejemplo mayor de autenticidad lírica. Es verdad que estaba lejos del realismo poético, del sentido épico —narrativo— de la literatura moderna, y del lenguaje coloquial de la más reciente poesía. Tal vez por ello no llegó a significar gran cosa para los nuevos poetas de Hispanoamérica y de España. Su cauda única —por ahora— hay que encontrarla en la más joven poesía del exilio español, o en la sensibilidad de sus más recientes ensayistas (Blanco, Durán, Ascot y Segovia). Pero estaba igualmente lejos de ese simbolismo aristocratizante que hace de la palabra valor autónomo. Se emparentaba así con Antonio Machado: meditador existencial, desviado de “esa poesía de pura sensación... que no llega al alma de las cosas”.

EXAMEN: En *Signos del ser* nos dejó Emilio Prados su libro más precioso y preciso, más definidor y definitivo. Si la historia de la literatura pudiera eslabonarse en tríadas hegelianas, en sucesivas divergencias y confluencias, *Signos del ser* podría definirse como la confluencia o síntesis —en un nivel nuevo— de la introspección machadiana —aforística, con frecuencia— y la última poética juanramoniana. En *Signos del ser*, a pesar de sus difíciles reconditeces, se nos abren no pocas posibilidades para desentrañar toda la obra de Emilio Prados. Confieso que hablo de una experiencia personal. La última poesía de Emilio Prados, tan cercano en todo, se me escapaba muchas veces, de tan recortada, de tan constreñida en su esencialidad, de tan recondita. Emilio se expresaba con los mínimos elementos: se debatía en las admiraciones y los puntos suspensivos: siempre el lenguaje le resultaba insuficiente. Con frecuencia me parecía indescifrable. *Signos del ser*, libro perfecto, redondo, completo paisaje interior, abre pistas prometedoras al examen profundo de toda su poesía. No quiere decir esto que su estilo haya cambiado, que su lenguaje sea ahora distinto: quiere decir tan sólo que en este libro excelente, al iluminar Emilio Prados los signos de su propio

ser, nos ha acercado más que nunca al tesoro de su rara sensibilidad.

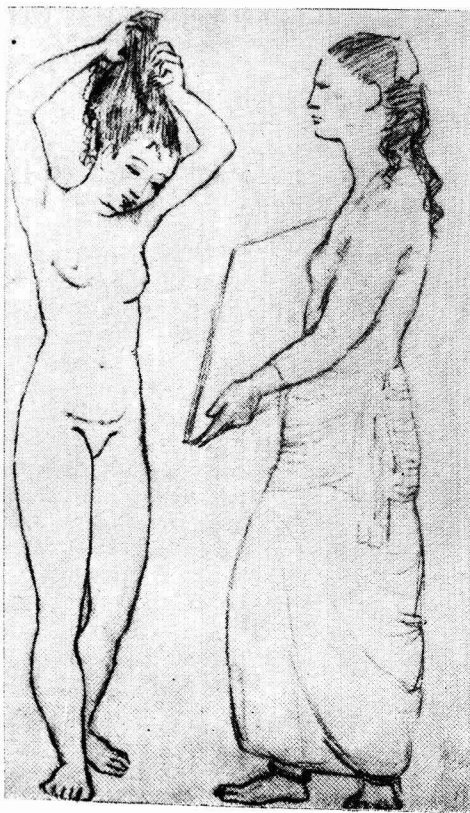
CALIFICACIÓN: Definitivo.

—F. A.

REFERENCIA: Fernando Pessoa, *Antología*. Selección, traducción y prólogo de Octavio Paz. Imprenta Universitaria. México, 1962, 106 pp.

NOTICIA: Fernando Pessoa —nos informa Octavio Paz en el prólogo— nació en Lisboa en 1888. Su infancia transcurre en África. Regresa a Lisboa en 1905. Estudia en la Facultad de Letras. Vive alternativamente con sus tías, una abuela loca y su madre. Trabaja en empleos oscuros y mal remunerados. Funda varias revistas; participa en polémicas. Bebe discretamente. Al morir, en 1935, deja “dos *plaquettes* de poemas en inglés, un delgado libro de versos portugueses y un baúl lleno de manuscritos”. Estos manuscritos dan vida a cuatro poetas distintos: Alberto Caeiro, Alvaro de Campos, Ricardo Reis y Fernando Pessoa. De alguna manera sus obras se relacionan, se complementan y regresan al punto de partida: Fernando Pessoa, un gran poeta contemporáneo.

EXAMEN: El primer encuentro con una verdadera obra poética que nos era totalmente desconocida resulta siempre emocionante, y en este caso se trata, además, de un gran poeta. Fuente de revelaciones, sorpresas y comprobaciones, la excelente selección recogida y traducida por Octavio Paz, no sólo nos pone en contacto con una personalidad extraña y fascinante, sino que crea de una manera definitiva ese intercambio que da vida a la poesía. Por medio de sus cuatro heterónimos, Fernando Pessoa multiplica los puntos de vista, coloca frente a la realidad sensibilidades distintas y consigue que de la suma de ellas brote una imagen mucho más completa. Al paganismo estoico de Caeiro se contraponen el grito desgarrado de Campos; Reis nos dice lo que Pessoa calla. Así, en la obra encontramos la protesta, el horror ante el mecanismo frío de la vida contemporánea y el suave gesto de renuncia; entrega exterior y recogimiento interior. Por encima de todo, la irreal vida real de



los cuatro poetas afirma el triunfo de la imaginación, de la poesía más viva que la vida, más verdadera que la verdad, sobre una realidad fantasmal que se nos escapa siempre.

CALIFICACIÓN: Excelente.

—J. G. P.

REFERENCIA: Ernesto Sábato, *El túnel*. Los Libros del Mirasol. Buenos Aires, 1961, 150 pp.

NOTICIA: Publicada originalmente hace más de diez años, vuelve a ser reeditada ahora esta novela, cuyo título dio a conocer a Ernesto Sábato, que más adelante destacaría también como ensayista político y polemista. En cierta medida, Sábato representa la tendencia de la literatura argentina que se opone a la posición encarnada en la figura de Jorge Luis Borges.

EXAMEN: Narrada en primera persona e influida en parte por *El extranjero* de Albert Camus y la obra de Alberto Moravia, *El túnel* cuenta la historia de la relación del pintor Juan Pablo Castel con María Iribarne, a la que aquél finalmente asesina. La novela aspira a revelar al lector de una manera indirecta el verdadero motivo de este asesinato mediante el relato del propio asesino. El lector descubre entre líneas que Sábato supone que es producto de la imposibilidad de comunicación, de la radical soledad del hombre; pero jamás llega a vivir esta idea encarnada en los personajes porque el autor es incapaz de crearlos verdaderamente. María Iribarne no es más que un fantasma cuya conducta no corresponde a lo que el narrador nos dice de ella; el narrador mismo se pierde en una serie de datos marginales, pensamientos y descripciones de acciones que no consiguen revelárnoslo como el autor deseaba. La acción se detiene morosamente desarrollando escenas secundarias y nos escamotea en cambio las esenciales. Así, *El túnel* resulta una novela psicológica sin profundidad psicológica; el asesinato de María Iribarne no es un acto Absurdo: es absurdo.

CALIFICACIÓN: Fallida.

—J. G. P.